

dominados por los árabes, como Siria y Egipto; que los genios buenos y malos formaban parte de su mitología anteislámica, y no habían desaparecido después, aunque se habían modificado; que no se hablaba más que de las cuatro religiones que ellos conocieron: el judaísmo, el cristianismo, el mahometismo y el sabeísmo, y se manifestaba grande aversión a los adoradores del fuego. De todo esto infería que el libro hubo de ser escrito en Siria y en árabe vulgar, y que, sin duda por estar incompleto, se le añadieron para completar el número de las *Noches* varios cuentos traducidos del persa, como los *Viajes de Sindbad el marino* y la *Historia de los siete visires*, y finalmente, que debe de haber cuentos muy modernos, puesto que en algunos se hace mención del café, que no comenzó a usarse como bebida hasta principios del siglo xvi.

Las conclusiones de Sacy fueron hábilmente impugnadas por Augusto Guillermo de Schlegel, cuya intuición crítica adivinó que *Las Mil y una noches*, en su fondo y partes principales, eran indias de origen y de antigüedad mucho más remota de lo que se suponía, aunque forzosamente hubiesen cambiado mucho en el camino. En una carta escrita a Silvestre de Sacy en 20 de enero de 1833 (1), se esforzó en probar que el cuadro y los rasgos esenciales de la mayor parte de los cuentos fantásticos, así como también varios cuentos jocosos y de intriga, son de invención india, porque se parecen extraordinariamente a otras composiciones sanscritas que conocemos, tales como los treinta y dos cuentos de las estatuas mágicas alrededor del trono de Vicramaditya y los sesenta cuentos de Papagayo (*Suka-Saptati*). Añadió que en muchas novelas quedaban rastros de politeísmo, a pesar del esfuerzo que habían tenido que hacer los imitadores árabes para adaptarlos a las ideas de sus correligionarios, sustituyendo el Corán a los Vedas; el nombre de Salomón, hijo de David, al de Visvamitra, hijo de Gadhi, o a cualquier otro santo milagroso varón de la mitología brahmánica. En el cuento del pescador, los hombres de las cuatro religiones diferentes, convertidos en peces de diversos colores, habían sido primitivamente las cuatro castas de la India. La facultad de entender el lenguaje de los animales está ya en el *Ramayana*, etc. De todo esto deducía Guillermo Schlegel que *Las Mil y una noches* estaban compuestas de materiales muy heterogéneos, a lo cual se prestaba muy bien la forma holgadísima del cuadro, pero que su fondo debía de estar tomado de un libro indio que ya en la primera mitad del siglo x era conocido entre los musulmanes, según un precioso testimonio del polígrafo Almasudi.

Este texto capital y decisivo fué alegado por Hammer Purgstall en el *Journal Asiatique* de 1827, y antes, según Schlegel, lo había sido por Langlés, editor y traductor de los *Viajes de Sindbad*. Habla Almasudi, en el capítulo 62 de sus *Prados de Oro*, de cierta descripción fabulosa del Paraíso terrenal, y añade estas palabras, que copiamos según la traducción de nuestros Gayangos:

«Muchos autores ponen en duda esta y otras cosas semejantes que se hallan consignadas en las historias de los árabes, y principalmente en la que compuso Obeyda ben Xeriya, y trata de los sucesos de tiempos pasados y descendencia de las naciones. El libro de Obeyda es muy común, y se halla en manos de todos; pero la gente instruída pone estas y otras relaciones del mismo género en el número de esos cuentos o historietas inventadas por astutos cortesanos con el solo fin de divertir a los príncipes en sus momentos de ocio y procurarse por este medio el acceso a su persona. Pretenden, en efecto, que el dicho libro no merece crédito alguno, pues pertenece a cierta clase de

(1) *Oeuvres de M. Auguste Guillaume de Schlegel, écrites en français et publiées par Edouard Böcking, Leipzig, 1846, t. III, pp. 3-23.*

obras traducidas del persa, indio y griego, como son el *Hezar Efsaneh* o *Mil cuentos*, más generalmente conocido con el título de *Las Mil y una noches*, y son la historia y aventuras de un rey de la India y de su guacir, y de la hija del guacir, llamada *Xeheryada*, y de una nodriza de esta, por nombre *Duniyazada*. A la misma clase pertenecen la historia de Gilkand y Ximás, la del rey de la India y de sus diez guacires, las peregrinaciones y viajes de Sindbad el marino y otros».

El pasaje es, como se ve, terminante, pues no sólo da el título de *Las Mil y una noches*, sino los nombres de las dos hijas del visir que refieren los cuentos, y aunque no indica la fecha en que fueron traducidos, fácilmente se colige por el hecho de mencionarlos juntamente con la *Historia de los diez visires* (que es una de las variantes del *Sendebbar*) y por la noticia que en otra parte da el mismo Almasudi de haberse comenzado a traducir en tiempo del califa Abu-Giafar Almansur, que reinó desde 754 a 774, varios libros del persa, siriacos y otros idiomas, entre ellos el de *Calila y Dimna*.

Pero ¿en qué lengua estaba el *Hezar Efsaneh*, que sirvió de base a *Las Mil y una noches*? Todo induce a creer que en persa, por más que Almasudi hable vagamente de libros traducidos del indio y del griego. Por lo que toca a esta última derivación, sólo en los *Viajes de Sindbad*, que formaban libro aparte en tiempo de aquel polígrafo, pueden reconocerse desfiguradas reminiscencias de la *Odisea*. Y la hipótesis de una colección de cuentos sanscritos, traducida directamente al árabe, es de todo punto inverosímil y pugna con todo el proceso de la novelística.

Cuáles eran los cuentos que esta primera redacción contenía, ni aun por conjetura puede decirse, pero seguramente estaba en ella el cuento proemial o inicial que acaba de ilustrar con docta y sagaz erudición el insigne profesor italiano Pío Rajna (1), movido a tal estudio por la estrecha semejanza que dicha novela presenta con el liviano episodio de Yocondo y el rey Astolfo en el *Orlando Furioso* del Ariosto, cuyas fuentes ha investigado maravillosamente el mismo Rajna en uno de los libros que más honran la erudición moderna. Este cuento, famoso en la numerosa serie de los que ponen de resalto los ardiles de la malicia femenina, se encuentra no solo en el *Tuti-Nameh* persa, sino en la colección india conocida con el nombre de *Cukasaptati* o *Libro del Papagayo*. Posteriormente, las investigaciones de Pavolini, citadas por el mismo Rajna, han demostrado positivamente que *Las Mil y una noches*, aun como colección, pasaron de la India a Persia. «No sólo es india la joya que hace oficio de broche en este collar (dice Rajna), sino que es india también la seda que en las perlas están enfiladas».

Desconocidas como lo fueron del mundo occidental *Las Mil y una noches* hasta principios del siglo xviii, es claro que no pudieron ejercer influencia alguna directa ni indirecta. Pero como tienen cuentos comunes con el *Calila y Dimna*, con la *Disciplina Clericalis* y con el *Sendebbar* (por ejemplo, el de la cotorra acusadora y el de la nariz cortada), éstos se divulgaron por medio de dichos libros. Y no es inverosímil tampoco que algunos entrasen por tradición oral en tiempo de las Cruzadas, y fuesen utilizados en algunas narraciones francesas o provenzales. Así nos lo persuade la semejanza entre la historia del caballo mágico y la novelita caballeresca de *Clamades y Clarimonda*, y la

(1) P. Rajna, *Per l'origine della novella proemiale delle «Mille e una notte»*. (En el *Giornale della Società Asiatica Italiana*, Florencia, 1896, t. VII, pp. 171-96).  
Pavolini, *Di un altro richiamo indiano alla «cornice» delle «Mille e una notte»*. (En el mismo volumen del *Giornale*, pp. 159-62).

que muestra, no menor, *Pierres de Provenza y la Linda Magalona* con la historia del príncipe Camaraizamán y la princesa Badura, en el incidente del cintillo de diamantes arrebatado por un gavián, que determina la larga separación de los dos amantes. Y es cierto también que de la tradición oral, y no de ningún texto escrito, vino a Sercambi y al Ariosto el cuento de Yocondo y Astolfo, aunque no se tome por lo serio la aserción del poeta genovés que dice haberla aprendido de su amigo el caballero veneciano Juan Francisco Valerio, grande enemigo y detractor del sexo femenino.

Un solo cuento de los que hoy figuran en *Las Mil y una noches* (1) se incorporó desde muy antiguo en la literatura popular castellana transmitido directamente del original árabe, y es por cierto uno de los que Galland no tradujo. Me refiero a la *Historia de la doncella Teodor*, que todavía figura entre los libros de cordel, aunque lastimosamente modernizada, y cuyas ediciones conocidas se remontan al año 1524 por lo menos (2). El texto, publicado por Knust (3) con arreglo a los códices del Escorial (*Capítulo que habla de los ejemplos e castigos de Teodor, la doncella*), tiene todos los caracteres del estilo del siglo XIV (si es que no pertenece a fines del XIII, en que se tradujeron tantas obras análogas), y en todo lo sustancial conviene con los textos de *Las Mil y una noches* modernamente impresos en Bulac y en Beirut, y con otro, al parecer más moderno, que Gayangos poseyó, atribuido a Abu Bequer Al-warrac, célebre escritor del segundo siglo

(1) Existen en lengua inglesa dos versiones muy autorizadas de *Las Mil y una noches*, a las cuales forzosamente tiene que recurrir el lector no arabista. La de Lane es más compendiosa y algo expurgada; la de Burton, literalísima.

*The Thousand and One Nights, commonly called in England the Arabian Night's Entertainments. A new translation from the arabic, with copious notes. By E. W. Lane* (Londres, 1839-41).

*A plain and literal translation of the Arabian Nights' Entertainments, now entitled The book of the Thousand Nights and a Night. Benares, 1885.*

La traducción francesa del Dr. Mardrus, de la cual van publicados doce volúmenes *Le Livre des Mille et une Nuits; Traduction littérale et complète du texte arabe*, París, 1900 y ss.), goza de poco crédito entre los orientistas.

(2) Las dos ediciones más antiguas de que hay memoria son las que se mencionan en el *Registrum* de don Fernando Colón (núms. 2.172 y 4.062), ambas sin fecha, pero seguramente anteriores a 1539, en que murió aquel célebre bibliófilo, y una de ellas a 1524, en que don Fernando la adquirió por seis maravedís en Medina del Campo.

Una de estas ediciones pudo ser la que tuvo Salvá (núm 1.592 de su *Catálogo*), que la supone impresa hacia 1520. Vió otra de hacia 1535.

Don Pascual Gayangos (apud Gallardo, *Ensayo*, núms. 1.209-1216) describe una de Zaragoza, por Juana Millán, viuda de Pedro Harboyn, a quince días del mes de mayo de 1540; otra de Toledo, en casa de Fernando de Santa Catalina, 1543; dos sin fecha, impresas respectivamente, en Segovia y Sevilla, y existentes ambas en la Biblioteca Imperial de Viena. Todas estas ediciones son góticas, suelen constar de dos pliegos de impresión; llevan en el frontispicio tres figuras, que representan una doncella, un mercader y un rey sentado, y tienen, además, estampas intercaladas en el texto. Del siglo XVII existen, por lo menos, una de Alcalá de Henares, en casa de Juan Gracián, 1607; otra de Sevilla, por Pedro Gómez de Pastrana, 1642 (*La historia de la doncella Teodor, por Mossen Alfonso Aragonés*), y una de Valencia, por Jerónimo Vilagrassa, 1676, que se dice *nuevamente corregida e historiada y adornada por Francisco Pinardo*. En 1726 imprimió en Madrid Juan Sanz la *Historia de la doncella Teodor, en que trata de su grande hermosura y sabiduría*. En el siglo presente han continuado las ediciones de cordel, muy modernizadas en el lenguaje. La leyenda castellana fué traducida al portugués (*Historia da doncella Theodora*, por Carlos Ferreyra, Lisboa, 1735-1758; pero la traducción debe de ser anterior por lo menos en un siglo, si es que a ella se refiere la prohibición que el Índice Expurgatorio de 1624 hizo del *Auto da Historia de Theodora doncella*. T. Braga (*O Povo Portuguez*, Lisboa, 1886, t. II, p. 466) cita una continuación o imitación que en portugués se hizo con el título de *Auto de un certamen político que defendeu a discreta doncella Theodora no reino de Tunes; contém nove conclusões de Cupido, sentenciosamente discretas e rhetoricamente ornadas*.

(3) *Mittheilungen aus dem Eskorial von Hermann Knust*. Tübingen, 1879 (publicado por la Sociedad Literaria de Stuttgart), pp. 307-517.

de la Hégira (*Historia de la doncella Teodor, y de lo que le aconteció con un estrellero, un ulema y un poeta en la corte de Bagdad*) (1).

Algunas ediciones del texto impreso castellano le atribuyen a un mossen Alfonso Aragonés, que ignoramos quién fuese, pues no puede pensarse ni en el autor de la *Disciplina Clericalis*, por demasiado antiguo, ni en el poeta morisco de fines del siglo XVI, autor de los romances contra la fe cristiana, por demasiado moderno. De todos modos, poco importa tal atribución, porque el texto impreso no es más que una corruptela del manuscrito. Daré un breve extracto de este cuento, que tiene importancia en nuestra literatura, no sólo por su constante popularidad, sino por haber dado argumento a una comedia de Lope de Vega, que lleva el mismo título que la novela.

«Havia en Babilonia un mercader muy rico e bueno e muy limpio e oracionero en las cinco oraciones e fasedor de bondades a los menesterosos e a las viudas, e havia muchos algos e muchos hermanos e muchos parientes, e non tenia fijo ni fija. E acaesció un dia que mercó una doncella, e dió por ella muchas doblas e florines. E llevola a su casa e ensennole todas las artes e sabidurias quantas pudo saber. E dende a poco llegó el mercader a gran menester, e dixo a la doncella: «Sabed que me ha Dios traydo a grand menester que nin he algo nin consejo, e non se me escusa que vos non haya menester de vender, pues dadme consejo por do habré mejoría e bien». E abaxó la doncella los ojos e la cabeça contra la tierra, e despues alçó los ojos arriba, e dixo: «Non havedes de rrescelar con la merced de Dios». E dixo: «Ídvos agora a la alcacería de los boticarios, e traedme afeytamientos para muger e nobles vestiduras, e llevadme al alcaçar del rrey Abomelique Almançor. E quando vos preguntare qué es vuestra venida, dezilde: quiero vos vender esta doncella, e pedidle por mi dies mill doblas de buen oro fino, e si dixere que es mucho, desilde: sennor, si conosciesedes la doncella no lo havriades por mucho». E fuesse el mercador a la alcacería de los boticarios, e fue a uno que desian Mahomad, e saluolo. E el boticario le dixo: «Mercador, ¿que havedes menester? E el mercador le contó la razón por que venía, e dixo: «Quiero que me dedes fermosas vestiduras e fermosos afeytamientos para mi doncella... E el mercador tomolo todo, e llevolo a la doncella, e ella pagose dello, e dixo: «Estos vos serán buen comienzo con la ayuda de Dios». E levantose la doncella, e adobose e afeytose muy bien, e dixo a su sennor: «Levantadvos, e sobid conmigo al alcaçar del rey». E lovantose su sennor, e fueronse al alcaçar del rey, e pedieron licencia que entrasen al rrey. E el rrey mandoles que entrassen. E entraron... e quando el rey los vido, començó a hablar con el mercador, e preguntole por su venida, e que era lo que quería. E el mercador le dixo: «Sennor, quiero vos vender esta doncella». E dixo el rrey: «¿Quanto es su precio?» E dixo el mercador: «Sennor, quiero por ella dies mil doblas de buen oro fino bernejo». E el rrey lo tomó por estranno el precio de la doncella, e dixo al mercador: «Mucho vos estendistes en su precio, e salistes de vuestro acuerdo, o la doncella se alaba mas de lo que sabe». E respondiolo el mercador e dixo: «Sennor, no tengas por mucho el precio de la doncella, que yo la crie de pequenna, e es moça, e costome muchos haveres fasta que aprendió todas las artes e los nobles menesteres. E esto nón será celado a vos». E començó el rrey a hablar con la doncella, y ella abaxó el velo de vergüenza, e el rrey alçó los ojos, e vido su fermosura que rrelunbrava commo el sol, que non havia en este tiempo mas fermosa que ella. E dixole el rrey: «Doncella, ¿commo havedes nonbre?» E rrespon-

(1) Este ms. se conserva ahora en la Biblioteca de la Academia de la Historia, y de él dió noticia Gayangos en sus notas a Ticknor (edición castellana de 1851, tomo II, pp. 554-557).

dió la doncella; e dixo: «Sabed, sennor, que a mi dicen Theodor». E dixo el rrey: «Doncella, ¿qué aprendistes de las artes?» E dixo la doncella: «Sennor, yo aprendi la ley e el libro, e aprendi mas los quatro vientos e las siete planetas e las estrellas e las leyes e los mandamientos e el traslado e los prometimientos de Dios e las cosas que crió en los cielos, e aprendi las fablas de las aves e de las animalias e la fisica e la logica e la filosofia e las cosas probadas, e aprendi mas el juego de axedres, e aprendi tanner laud e canon e las treynta e tres trobas, e aprendi las buenas costumbres de leyes, e aprendi baylar e sotar e cantar, e aprendi labrar pannos de seda, e aprendi texer pannos de peso, e aprendi labrar de oro e de plata, e aprendi todas las otras artes e cosas nobles». E quando el rrey oyó estas palabras de la doncella fíose muy maravillado, e mandó llamar los mayores sabios de la corte, e dixoles que probasen aquella doncella.

Aquí comienza un ridículo y pedantesco certamen, al cual en puridad se reduce toda la novela. Los examinadores son tres: un «alfaquí sabidor de justicias e de leyes», un fisico y «un sabidor de la gramática, de la logica e de la buena fabla». En el original de *Las Mil y una noches*, los exámenes son nada menos que siete: 1.º, de Derecho; 2.º, de Ascética; 3.º, de lecturas alcoránicas, gramática y lexicología; 4.º, de Medicina; 5.º, de Astronomía y Astrología; 6.º, de Filosofía; 7.º, de todas las ciencias, sosteniendo la discusión Abraham el polemista. La sabia doncella triunfa de todos sus adversarios; no sólo responde a todas las preguntas, sino que les dirige otras que quedan sin contestación, y a medida que los va venciendo, el Califa los despoja de las insignias de su grado académico y se las pone a la doncella.

Recorrida toda la enciclopedia de las ciencias musulmanas, se presentan los más hábiles jugadores de ajedrez, dados y tablas, y la doncella les gana todas las partidas. Vence finalmente a todos los tañedores de instrumentos músicos. Asombrado de tal sabiduría, exclama el Califa: «Bendígate Dios y a quien te enseñó». La doncella se postra en tierra. El Califa manda traer dinero; entrega al mercader 100.000 dinares, y no satisfecha todavía su generosidad, devuelve la esclava a su dueño, obsequiándola con un presente de otros 5.000 dinares.

Ya en el texto de Gayangos, que es una especie de compendio o refundición abreviada, están reducidos los exámenes a cinco, y se prescinde del despojo de las insignias académicas y de la investidura de la doncella. Mucho más abreviado está todo en la versión castellana, donde naturalmente se han suprimido casi todas las preguntas alcoránicas y de jurisprudencia musulmana, quedando sólo las de Física, Medicina, Historia natural, Astronomía y Moral práctica. La mayor parte de estas preguntas son de una candidez increíble, y no dejan muy bien parada la sabiduría de la doncella ni la de los examinadores. El último es el sabio universal Abrahén el trovador (el polemista de las *Mil y una noches*), y su derrota da pie a un incidente grotesco. Conciertan Abrahén y Teodor que el que fuere vencido cederá al otro sus vestiduras. La doncella vencedora exige hasta los paños menores, y el polemista, para no verse en tal vergüenza delante del Califa y de tan lucido concurso, consiente en pagar a la doncella 10.000 doblas de oro bermejo.

Es patente la analogía de algunas de las preguntas y respuestas de la doncella Teodor con las de otro libro, muy popular en la Edad Media, cuyo contenido se encuentra sustancialmente en la *Crónica general* de Alfonso el Sabio (1), en el *Speculum historiale* de Vicente de Beauvais (lib. XI, cap. 70) y en un antiguo texto griego publicado por

(1) Fols. 126 y 127 de la 2.ª ed. del texto de Ocampo. (Valladolid, 1604).

Orelli (1). Knust ha impreso una versión suelta que se halla en un códice escurialense juntamente con los *Bocados de oro*. Titúlase *Capítulo de las cosas que escribió por rrespuestas el filósofo Segundo a las cosas que le preguntó el emperador Adriano* (2). A pesar de lo clásico de los nombres y de algunas de las sentencias, esta novelita parece de origen oriental, y tiene cierta semejanza con el *Sendebär*, aunque el motivo del silencio del protagonista es otro y a la verdad bien repugnante. Nunca se ha expresado con más grosería el espíritu de aversión y desprecio a la mujer, que domina tanto en esta casta de ficciones.

«Este Segundo fue en Athenas muy sesudo en tiempo de Adriano, emperador de Rroma, e fue grand filósofo, e nunca quiso hablar en toda su vida, e oyd por qual rrasón. Quando era ninno, enviaronlo al escuela. E duró allá mucho tiempo, fasta que fue muy grant maestro. E oyó allá desir que non havia muger casta. E despues fue acabado en todo el saber de la filosofía, e tornose a su tierra en manera de pelegrino con su esclavina e con su esportilla e con su blago, e todos los cabellos de la cabeça muy luengos, e la barba muy grande. E posó en su casa misma. E non le conosció su madre nin ninguno que ahí fuese. E quiso él probar lo que le dixeran en las escuelas de las mugeres. E llamó la una de las sirvientas de casa, e prometiole que le daría diez libras de oro, e que guisase commo yoguiese con su madre. E la sirvienta tanto fiso que lo otorgó la madre, y demándó que se lo llevase de noche. E la mancebilla fisoló asy. E la duenna cuydando que yasería con ella metiole la cabeça entre las tetas, e dormiose cerca de ella toda la noche bien como cerca de su madre. E quando veno la manñana levantose para yr su via, e ella trabó dél, e dixole: «¿Commo, por me probar fesiste esto?»... E dixo: «Yo so Segundo tu fijo». E ella quando lo oyó començó a pesar tanto que non pudo sofrir el su grand confondimiento, e cayó en tierra muerta. E Segundo que vio que por su fabla muriera su madre diose de pena por si mismo e pensó en su coraçon de nunca hablar jamás en toda su vida. E fue para Athenas a las escuelas, e viviendo allí e fasiendo buenos libros e nunca fablando.

»E fue el emperador Adriano a Athenas, e sopo de su fasienda e envió por él. Desy saludóle el emperador, e Segundo calló, e non le quiso hablar ninguna cosa. E el emperador Adriano dixole: «Fabla, filósofo, e aprenderemos algo de ti».

El filósofo no consiente en hablar, ni con amenazas de muerte ni con tormentos, y tiende serenamente la cerviz sobre el tajo, aguardando el hacha del verdugo. Maravillado el emperador de tan increíble resistencia, le da una tabla para que escriba, y con ella se entienden por preguntas y respuestas, siendo por lo común las segundas explicación metafórica del concepto de las primeras, más bien que verdaderas definiciones. Sirvan de ejemplo las siguientes: «¿Qué es la tierra?»—«Fundamento del cielo, yema del mundo, guarda e madre de los frutos, cobertura del infierno, madre de los que nascen, ama de los que viven, destruyimiento de todas las cosas, cillero de vida».—«¿Qué es el omne?»—«Voluntad encarnada, fantasma del tiempo, asechador de la vida, sello de la muerte, andador del camino, huesped del lugar, alma lazada, morador del mal tiempo». «¿Qué es la fermosura?»—«Flor seca, bienandança carnal, cobdicia de las gentes».

Tanto *La doncella Teodor* y *El filósofo Segundo* como las mismas colecciones de apólogos orientales trasladados a nuestra habla vulgar cuando todavía estaba en la cuna

(1) *Opuscula Graecorum veterum sententiosa et moralia*, edidit J. C. Orellius, tomo 1.º, páginas 208-213, y con más comodidad en los *Fragmentos philosophorum graecorum* de Mullach. (París, Didot, 1860, pp. 512-517).

(2) *Mittheilungen aus dem Eskurial...* pp. 498-506.